



NOVELA DE M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(Continuación).

Volví pues á *Las Palomas*, no sin lanzar una última mirada á la carretera, que se extendía en los declives de las colinas, festoneada de pitas y nopales: aquellas colinas que constituyen, por la parte de Córdoba, las primeras estribaciones de la sierra; acá y acullá, las casitas microscópicas, como puntos blancos, que irradian sobre el verde sombrío de las arboledas; más lejos, el Guadalquivir, como festón de plata que borda el campo, y entre el festón de plata y los primeros declives de la sierra, extenso caserío gris, como bandadas de palomas que se apiñan en los surcos disponiéndose á levantar el vuelo... ¡Oh, Córdoba... Córdoba mía!

Después de mi resolución deseaba llegar al cortijo cuanto antes. Corté por la trocha de la *Cárcava*; la *Cárcava* es un socavón que hay en el camino á la derecha, formado por un hundimiento formidable de rocas; las aguas se despeñan allí con pavoroso fragor. Pasé la *Cárcava*, dejando pronto atrás aquel ruido del torrente al precipitarse y caer en lo profundo, repercutiendo con grave solemnidad en el silencio de la campiña. Poco después, hallábase en *Las Palomas*, y tenía delante de mí, á la muchacha, esperando su cuenta, para emprender el camino.

Hacía yo números en un papel, con los ojos fijos en la punta de mi pluma. Estando resuelto, más que antes, á no decir una palabra, sin saber por qué, sentíame nuevamente con deseos de hablar de su dolor... y de su cuchillo.

La puse en la mano algunas monedas, que guardó indiferente. Iba á salir y le pregunté de pronto:

—¿Eres sola?

Fue una pregunta escapada inconscientemente de mis labios.

—Sola;—repuso, dirigiéndose á la puerta. Se comprendía: parecía que vacilaba, como si algún otro detalle quisiera añadir, pero su paso era firme y resuelto. Alejándose. De pronto, añadió sombríamente:

—¡No lo sería, si no fuera por un hombre!

—¿Por qué te vas? ¿Te cansas de estar sola? ¿Vas á buscarle?

—¡Buscarle!—repitió con risa amarga.—Me voy porque está aquí.

—¿Qué dices? ¿Quién es?—pregunté vivamente.

*Parralita* se encogió de hombros y fué á salir.

Lo confieso: sentí un instante rubor por mi afán de inmiscuirme en historias que no eran mías, pero dominé mi rubor. La curiosidad y ¿por qué no confesarlo?, el interés,—porque no todo ha de ser egoísmo en la vida,—el interés que en aquel punto la suerte de *Parralita* me inspiraba, sobrepusóse á todo, y la llamé resueltamente.

Volví hasta la mesa; su lindo entrecejo arrugábase; las aletitas de su nariz se aventaban, como por un impulso de cólera, que no se advertía sin embargo en el timbre de su voz. Díjome muy serena:

—Pero ¿qué manda usted todavía, mi amo?

—¿Quién es ese hombre?—pregunté sin dominio suficiente para disimular mi despecho.

—¡Ah! ¿Lo quería usted saber?—repuso en tono de burla.—¡Pues vaya si es usted curioso! Pero se lo diré, para que no pase usted mal rato.—Y se echó á reír. Sin explicarme la causa, me acordé oyendo reír á *Parralita*, del filo de su cuchillo.

Permaneció un instante como suspensa y encogiéndose después de hombros, de una manera graciosa, muy suya, prosiguió tranquilamente: —Es *Pepillo*... Es decir, por *Pepillo* no le conoce usted todavía, mi amo; en el libro, lo tendrá usted con el nombre de José Alonso.

Hojé el libro; era cierto; allí constaba el nombre: era uno de los que habían empezado á trabajar aquella mañana.

—¿Te abandonó?—pregunté confuso, sospechando que *Parralita* fuese quizás una de tantas infelices á quien un hombre vil, después de su triunfo, abandonó á su destino.

—¿A mí?—gritó *Parralita* fíeramente. Se calmó al punto, como confusa por haberse dejado arrebatar de aquel modo, y añadió con gran calma:

—Mi amo, sepa usted que á mí no me abandona nadie.

¿Lo creeréis? Tenía los ojos clavados en mí—aquellos ojos inmensos, que brillaban como con calenturas de leona, haciendo resaltar fuertemente el pálido mate de su rostro oval, de líneas purísimas... Y yo recliné los míos, sin fuerzas para sostener aquella mirada. Yo había dicho cuando la vi, que *Parralita* era un carácter.

Pero sentía yo en aquel punto secreta rabia de no haber podido sostener la mirada de una aceitunera y dije bruscamente, cortando la conversación:

—Bueno, adiós ya.

—No,—contestó de pronto, arrojando sobre la mesa el dinero que acababa de darle;—lo pensé más despacio y ya no me voy. Ahí está eso; guárdemelo usted, mi amo... ¡No me voy, no!... Quiere decir... ¡si es que mi amo no me echa de verdad!

De repente, como si su naturaleza, contenida hasta entonces por una poderosa voluntad, se desbordara con algún poderoso recuerdo, estalló en sollozos roncós, salvajes, que parecían salir entre rugidos de la garganta de una fiera. Y así, ahogándose, escupió estas palabras:

—¡Mi amo; ese hombre tué mi ruina!

—¿Te perdió!—dije con una piedad inmensa.

—Me perdió, sí, pero no como se pierde á una mujer, engañándola con la palabra mimosa y la dulce promesa; me perdió como un vil, dándole, sin yo saberlo, un zumo de hierba que me durmió; me perdió así, cuando mi padre, el pobrecito, acababa de morir; cuando sólo tenía á mi madre, la pobrecita, medio ciega, y cuando tenía mi corazón y mi esperanza puestos en un hombre de bien que me quería de verdad, y á quien yo de verdad quería... ¡Ay, ay mi amo... así me perdió ese hombre!

¡Callé! No sabía qué consuelo darla. Por otra parte, ¿no es verdad que hay desdichas que no tienen consuelo?

—¿Y tu novio?—pregunté á *Parralita*, conmovido.

—Está aquí también.

—¡Aquí!—repuse, con viva inquietud.

—Está aquí, desde el principio de la aceituna, como yo lo estoy... No le miro ni le hablo. Es *Metrio*.

¡Ah, *Metrio*! Casi lo había adivinado! Sentí una profunda tristeza.

—¿Te abandonó...? ¿Fué él entonces?—pregunté á *Parralita*.

—Le abandoné yo,—dijo con más firmeza aun. Antes de casarme, le conté con lealtad mi pesadumbre. Dudó y le desprecié. ¡Sola... Sola!

—¿Y sabe *Metrio* que fué José Alonso?

—Le confesé la ofensa, sin decirle quién me la hizo; callé el nombre por no comprometer á *Metrio*. Porque callé, dudó; porque dudó, lo he despreciado.

—Pero, desventurada, ¿qué hiciste después de tu desdicha? ¿Qué hizo José Alonso?

—¿Qué hizo José Alonso? Perderse. ¿Qué hice yo? Buscarle. Hasta anoche no le encontré; anoche, cuando llegó con la gente nueva. Por eso esta mañana no quise ir al trabajo; porque no me viera... Pero ya quiero... Ya quiero ir.—Y *Parralita* reíase de un modo que infundía pavor.

Lo digo sinceramente; no supe en aquel instante qué decisión tomar; permanecí silencioso y pensativo; ella dejó de llorar y secaba nerviosamente sus lágrimas; la cólera y las lágrimas, habían animado un poco su color, dándole un matiz muy dulce, de rosa; se quitó el pañuelo, de golpe, tirando de una punta, y pude admirar una mata hermosísima de pelo negro; que cayó largo y brillante, con relámpagos azules; para arreglar el pelo, se puso las horquillas entre los dientes. Inclinando un poco la cabeza, con gracia infantil, torcía el pelo y lo trenzaba con movimientos febriles; concluyó la trenza, se la enroscó en la nuca—un poco más arriba,—dándole varias vueltas y se la apuntó con las horquillas, que fué quitándose de la boca. Cuando estuvo lista; cuando el rodete lució majestuoso, con todo su clásico plasticismo, inmediatamente, como luz que se extingue en un violento soplo, desapareció la línea de la cabeza gentil en el feo pañolón; se encasquetó encima el sombrero, ocultando con la sombra de sus alas de adornos de colores aquellas otras sombras de sus ojos profundos, y, restregándose fuertemente las manos, dijo, riendo, pero con una exaltación que no le era posible contener.

—Mi amo; y aquí no pasó nada.

—Pero ¿á dónde vas?—le pregunté vivamente.

—Al trabajo.—Y salió sin mirarme.

Aquel día, lo pasé con una preocupación grandísima; luego, de noche, abortó con unas cuentas de mucho interés, y entretenido además, por unos corredores que me compraron el orujo, dejé de pasar algunas horas, como era mi costumbre, sentado en mi sillón, fumando ó leyendo, cuando no me entretenía en oír á mi gente, aunque, sin mezclarme nunca en sus conversaciones. No bajé, y confieso con ingenuidad que mi sueño no fué tranquilo. La gente del campo andaluz es muy enérgica en sus pasiones; una palabra, un ademán, el acto más insignificante, podría traer el conflicto. Lo más prudente era echar á José Alonso, por ser el último que había entrado á trabajar en *Las Palomas*, y porque un hombre de tan infame condición no debía permanecer un instante más al lado mío. ¡Oh, lector! perdóname este alarde de rectitud, que te parecerá quijotesco; pero en aquella época estaba yo seguro de que los hombres, con excepciones ligerísimas, como la de José Alonso, eran unos benditos... ¡Los hombres... triste de mí!

Me levanté con la intención muy sana de decir prontamente á mi aperador que el tal José Alonso no podía estar en mi hacienda ni un sólo minuto. Salí al campo, llegué á los olivares y pregunté por el aperador.

—Allá, en la otra banda,—dijéronme.

Iba á seguir en la dirección que me indicaron, pero quedé inmóvil, oyendo, como si observase atentamente un olivo entermo, el diálogo que mantenían dos aceituneras, alegremente, escondidos los rostros morenotos y expresivos bajo las alas de sus sombreros; no reproduzco el diálogo porque sería imposible:

se solazaban al recordar lo que se habían divertido la noche antes; el tal José Alonso, tenía unas manos como un querubín para la guitarra; se bailó y se cantó lo que había que ver; pero lo portentoso, lo que pasmó los corazones fué *Parralita* bailando. Nadie pudo competir con ella... ¡Y eso, que había en *Las Palomas* cada mujer para cosas de baile y cante, que era ya perder el juicio! «—Hija,—exclamó una muchacha—pero ¿tú viste? Bailó como un diablo; cantó como un ángel... ¡Y qué risas y qué primor de lengua tan resalada!» «—La verdad, hasta la noche anterior no se supo en *Las Palomas* quién era *Parralita*. Los hombres estaban locos; las mujeres locas también; los hombres de celos; las mujeres de coraje.» Y las muchachas, relamiábase el hociquillo de gusto, al pensamiento de que aquella noche también habría jolgorio.

Un zagal que estuvo oyéndolas, y que, indudablemente, no concurrió la noche antes á la fiesta, preguntó, mezclándose en el diálogo:

—¿Y con quién bailó *Parralita*?

Y la del discurso, respondió prontamente:

—Con José Alonso.

—¡Ah, pobre *Metrio*!—pensé con tristeza. Y me fui por otro lado, sin ganas ya de ver al aperador.

Quedáronse las muchachas y el zagal, haciéndose lenguas del donaire de *Parralita*, y de los talentos singularísimos del tal José Alonso. Yo volví á la casa, repitiendo una vez y otra: «—¡Oh, mujer! ¡oh, arcano!»

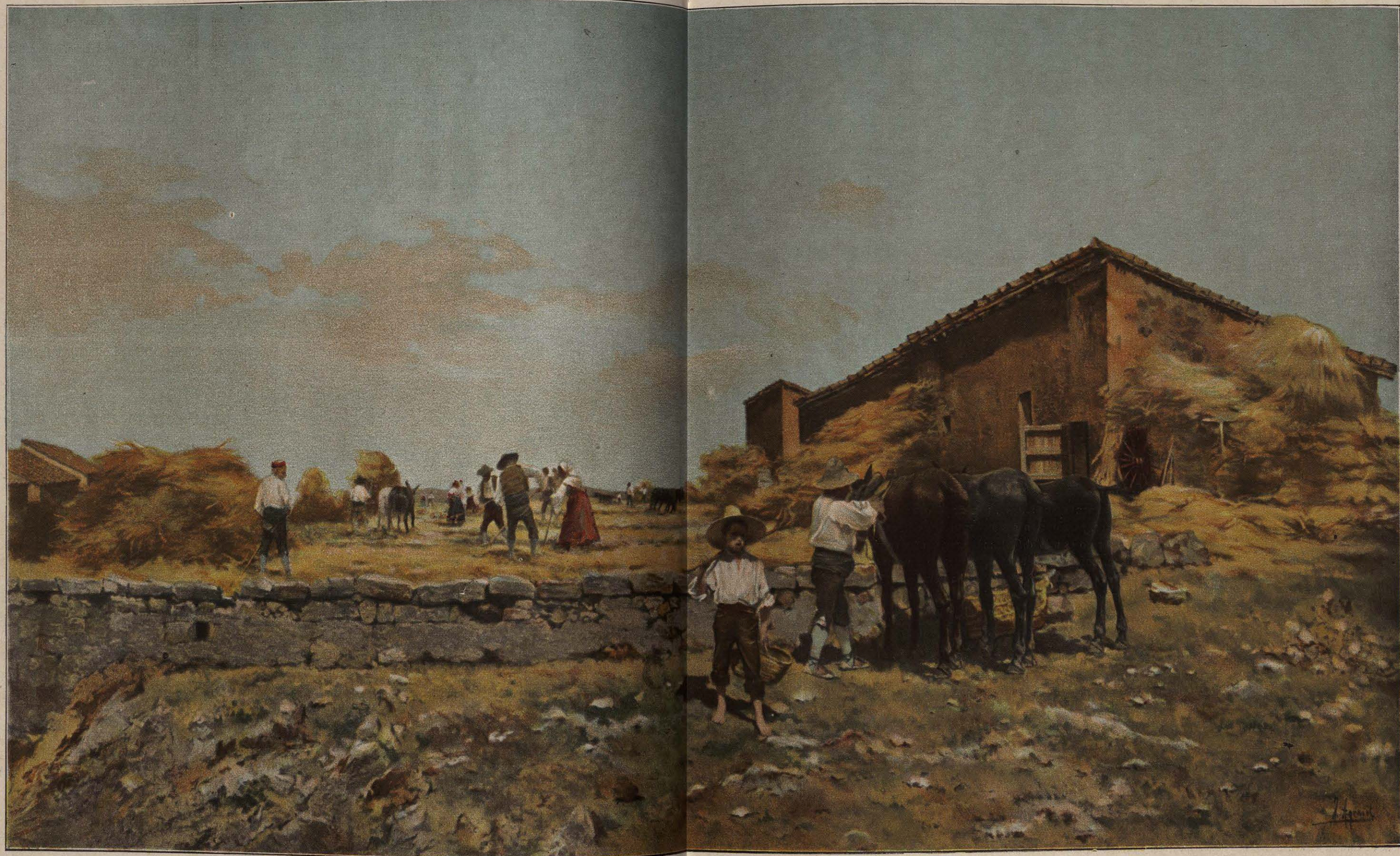
Aquella noche no había chalanes que me entretuviesen, ni cuentas que ajustar; muy temprano estaba yo en mi sillón cerca del fuego; arriba, en el cañón de la gran chimenea, sentíase silbar el aire con solemne gemido; sonaban fuera los canalones al chocar con las paredes. Hacía un frío horrible. Mujeres y hombres, venían al fogón á tender un instante las manos ateridas, por encima de las llamas, y alejábase para dar paso á otros, porque junto al fogón no cabían todos. Algunos hombres, roncaban tendidos en el suelo ó en los poyetes, con los sombreros sobre la cara; otros, fumaban sosegados, sin preocuparse de lo que ocurriera alrededor; las mujeres, tendíanse también en los rincones más oscuros,—las viejas, por supuesto, que las jóvenes ya tenían qué hacer con criticarse unas á otras y hablar de fulanito y menganito.—Esa mezcla de gentes es inevitable en las noches del campo, después de concluida la faena; el aplanamiento de una labor ruda de muchas horas, no impide que se ría, que se cante, que se cuenten historias y cuentos, que se propongan acertijos ¡oh, pasmó! y hasta que se representen comedias improvisadas sobre el terreno, con una espontaneidad parecida á un tiro, y de un éxito que colmaría las esperanzas del autor dramático más pulcro.



Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

(Continuará).

JOAQUIN AGRASOT



LA TRILLA EN ARAGÓN

*Salón Robira (Fernando VII, 59).*